

tarse a la realidad cubana, los nuevos terratenientes americanos eran aún más injustos y además estaba latente el peligro que suponía los poderes interventores sobre la isla concedidos por la Enmienda Platt. Como dice Cintio Vitier, el acierto de Acosta es doble: de oportunidad y de fragancia. Ese libro había que escribirlo del año 20 al 30. Todo él vibra de una emoción nacional que ya se había acumulado lo bastante como para merecer el testimonio poético, y que era todavía lo bastante joven e ingenua para que ese testimonio no saliera forzado y marchito. Pero además Acosta no reduce el asunto de *La zafra* a su aspecto de lamentación patriótica y prédica social, sino que tiene el acierto de entrar con sus sentidos francos, simples y abiertos, en la atmósfera campesina del tema. El autor, en las páginas preliminares del libro, advierte que su verso es un aire incendiado que lleva en sí el germen de no se sabe qué futuros incendios. No es la primera vez, continúa Acosta, que pongo mi arte al servicio de la patria; pero sí es la primera vez que lo pongo al servicio de lo que constituye la fuente de vida de la patria. El libro se compone de un Pórtico, de Preludio, 18 Cantos y Poscenio.

El Pórtico está constituido por dieciséis décimas, poesía sencilla, suave y de tono menor, para de manera didáctica ir introduciendo al lector con referencias sociales y económicas, y con cierto tono patriótico, a la realidad y consecuencias de la invasión americana:

Gigantesco acorazado
 Que va extendiendo su imperio
 Y edifica un cementerio
 Con las ruinas del pasado...!
 Lazo extranjero apretado
 Con lucro alevoso y cierto;
 Lazo del verdugo experto
 En torno al cuello nativo...

En el Preludio ya el propio autor se advierte él mismo que el verso ha de ser ligero y musculoso antes de dar inicio a los 18 Cantos. En estos poemas a menudo narrativos, por su tono didáctico, nos va mostrando el fracaso del sueño independentista cuba-

no, escenas de las colonias azucareras, de las miserias de los batey, de la desesperación y sumisión de los esclavos negros, así como descripciones detalladas, bucólicas a veces, atormentadas las más, de las labores cotidianas en los ingenios, pero sin olvidar el grado de compromiso que se había propuesto alcanzar. Ahí están los interiores de un bohío y su miseria, las viejas carretas llevando la suerte de Cuba en las cañas («Van hacia el coloso de hierro cercano: / van hacia el ingenio norteamericano/.../ cargadas, pesadas, repletas...»), su sentimiento de tristeza pero lleno de ternura censurando la paciencia de los campesinos, y la sensación de aborrecimiento que debe de soportar ante la intervención americana:

Fletaron navíos repletos,
 Vencieron a heroicas escuadras...
 Y en potro de absurdas enmiendas
 Rompieron los huesos del alma.
 Tenían los ojos azules...
 Tenían repletas las arcas...
 Tenían los ojos azules
 (se ignora el color de sus almas)

Había advertido el propio poeta que con estrofas prosaicas el acercamiento al lector era más asequible, y de la misma manera incorpora otros elementos populares que puedan acercar más el contenido del libro al público. Incluso interrumpe un poema para intercalar dos sabrosas décimas guajiras, que por su singularidad y gracia popular reproduzco un cuarteto:

Hoy no saliste al portal
 Cuando a caballo pasé;
 Guajira, no sé por qué
 Te estás portando muy mal...

La edición de *la zafra* es de 1926 pero su circulación fue superior en el año siguiente como también su influencia. En 1927 Martínez Villena redactó la histórica declaración del Grupo Minorista y se dio a conocer la poesía proletaria de Regino Pedroso; se inician las protestas estudiantiles que encabezara Julio Antonio

Mella, que está en su exilio mexicano, como escribió Pablo Neruda «como un discóbolo sangrante «Mientras la Isla ardía, azul, / empapelada en lotería, / hipotecada con azúcar». Los Minoristas adoptaron una actitud firme en defensa de los valores tradicionales del país, totalmente contraria a las invasiones imperialistas y de acercamiento y solidaridad con los pueblos americanos con los mismos problemas, siempre a la sombra de los protagonistas más populares de la Revolución Mexicana. Ya Acosta había escrito en *La zafra* unos versos pronosticadores «Musa patria, esto no fue / lo que predicó Martí».

En el año 1955 el Congreso de la República de Cuba le concedió el título de Poeta Nacional. A finales de los años sesenta se exilió voluntariamente a Miami, donde falleció en 1979. Recordar la obra poética de Agustín Acosta en cada una de sus variadas formas es un acto de justicia. En la *Antología la Poesía cubana en 1936*, ya citada anteriormente, Juan Ramón Jiménez lo representa con siete poemas, tantos como a Lezama Lima, al padre Gaztelu o a Dulce María Loynaz ©

